

Durante el confinamiento todo se ha paralizado: No habían visitas, huéspedes, donación de alimentos del supermercado que se realizaba cada día (había que comprar todo)... No podíamos repartir alimentos a las familias que ayudábamos, nadie llamaba a la portería ni se vendía nada en la tienda. No habían ingresos económicos. Vivíamos en un ambiente de verdadero silencio y soledad, de descanso a todos los niveles. Una voluntaria que nos ayuda mucho, se quedó seguido en el monasterio y se encargaba de todas las salidas estrictamente necesarias.

La casa grande que tenemos para recibir grupos de jóvenes de las diferentes parroquias de la Diócesis, ha sido cerrada. El alcalde no nos deja recibir grupos, por lo menos durante éste año. Hemos tenido que despedir al hombre que nos llevaba el mantenimiento y la señora que la limpiaba. Ahora tenemos que mantener la casa nosotras sin ningún ingreso: vamos a limpiar...

Según las indicaciones del gobierno hemos ido volviendo a la normalidad poco a poco. Estamos todas bien de salud y económicamente vamos muy justas, pero como recibimos diariamente (otra vez) muchos alimentos, no nos podemos quejar.

Un abrazo, unidos en oración.

Encarnación